



Universidad Católica  
Sedes Sapientiae

# riesgo de educar

año 1 - número 1 - 2009

Suplemento de la revista de la  
Facultad de Ciencias de la Educación

La experiencia educativa. Un caso.

Carlos Gatti Murriel







## Jornadas de capacitación docente Andrés Aziani La experiencia educativa. Un caso.

Carlos Gatti Murriel

Me es particularmente grato y honroso reunirme con ustedes esta mañana para conversar sobre la labor docente, esa tarea riesgosa, pero cargada de sentido.

Estoy aquí gracias a la amabilidad de los organizadores de estas jornadas, quienes me han invitado a compartir con los presentes algunas ideas relativas a mis experiencias en el campo de la educación universitaria. Lo haré con mucho gusto. Antes de empezar deseo evocar a Andrés Aziani, cuyo nombre llevan estas jornadas. Lo conocí poco tiempo; pero sé de su infatigable labor como formador. A él debemos gratitud y homenaje, como a todos los que dejan las comodidades de las que pudieran haber disfrutado en su patria, y van con desprendimiento a otras tierras movidos por altos ideales y la convicción de la importancia de promover la educación.

Pasemos al tema de mi exposición. En primer lugar debo decir que no he estudiado educación; pero estoy vinculado con la labor docente desde hace 45 años, desde cuando aún era alumno de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Mi vida como la de cualquiera, ha estado marcada por una serie de descubrimientos sucesivos. Primero fue el asombro ante la naturaleza, el paisaje. Luego apareció la música clásica que se oía en casa cuando era muy niño. Después descubrí las múltiples posibilidades de la palabra, instrumento del conocimiento, de la relación con los otros, de la ciencia, del arte literaria y de la plegaria. Este proceso me llevó a estudiar música y lengua y literatura; pero la cadena no se cerró allí. Pronto descubrí que lo anterior cobraba sentido en el compartir con otros. Así se fue perfilando mi vocación docente.

Mi labor en el campo de la docencia ha estado sometida a evolución a lo largo de los años. Todos cambiamos. Para mejor o para peor, pero cambiamos. Ahora debo limitarme a hablar de mi modo de entender y practicar la labor educativa conforme la vengo ejercitando en los últimos años. Espero que lo que les pueda decir sea de su interés y les resulte de alguna utilidad.

Al recibir cada semestre a los nuevos alumnos, en la primera clase, sea del curso que sea, les digo que no los felicito por haber adquirido un producto, sino les expreso una bienvenida cordial a un proyecto y un proceso. Esta es una expresión que exige comentario. Es frecuente que cuando alguien adquiere una mercancía nueva (digamos un televisor o una computadora), el comprador encuentre en la caja diversos folletos y una comunicación del fabricante, en la cual se felicita al comprador por el «maravilloso» producto que ha adquirido. Creo que el alumno que llega a una asignatura no ha comprado o adquirido un producto. Más bien, llega para integrarse con otros compañeros a un proyecto y a un proceso. Alcanzará lo proyectado, logrará las competencias, en la medida en que recorra adecuadamente las etapas del proceso.

Si el alumno se limita a adquirir un producto, algo hecho por otro, por el profesor, quedará en una condición pasiva de la cual no sacará mayor provecho, o, tal vez, ninguno. Él debe sentir que se integra a un proceso en el cual le corresponde ser activo, que lo que se le propone es recorrer en conjunto, en compañía, un camino por el cual podrá llegar a elaborar su propio producto. Así, él no será un simple consumidor de producto ajeno, sino un emprendedor productivo y aprenderá a ser un gestor de su propio futuro y del futuro de los que lo acompañan.

Las formas derivadas del verbo llamadas «verboides», es decir, el participio, el gerundio y el infinitivo son categorías gramaticales que nos pueden ayudar a comprender mejor este asunto. Para explicar ello tomemos, como ejemplo, el caso de verbos como «hacer» o «actuar».

El participio pasado (hecho, actuado) presenta a la acción del verbo como acabada o completa. El alumno no debe limitarse a recibir lo hecho, lo acabado o lo actuado por otro, por el profesor. El participio es una categoría que alude al producto. El alumno no debe simplemente llegar a algo ya hecho por otro, a lo expresado por el participio pasado que alude, en este caso, a algo cumplido por otro.

El gerundio (haciendo, actuando) presenta a la acción como proceso. Esa es la perspectiva en la que el docente debe involucrar al discente: ponerlo en actitud de estar actuando o haciendo su proceso en función de un proyecto (lo que está por hacer). El infinitivo (hacer, actuar) puede ser vinculado con el proyecto, con lo que está por hacer, con lo no iniciado. Pienso que en el aprendizaje el alumno debe hacer suyas todas las etapas: tener proyecto, recorrer proceso y llegar a elaborar su producto; es decir, debe pasar por las dimensiones expresadas por los tres verboides.

Volvamos a las palabras con las que recibo a los alumnos: «Bienvenida cordial a un proyecto y un proceso». Entremos en lo que tales términos encierran. El alumno debe sentir que lo reciben cortésmente, con urbanidad, con atención y que llega a un ámbito de bien (todo eso está implícito en la palabra «bienvenida») en el que puede sentirse acogido de corazón (a ello alude la palabra «cordial»). El profesor ofrece y se compromete a ser atento y estar atento al proceso del discípulo. Para que ello se concrete, también es necesario que el alumno desarrolle la voluntad de incorporarse al proyecto y el proceso. Solo así adquiere el proceso un carácter relacional o funcional. Haciendo notar esto, se propicia que el alumno asuma una actitud participativa y activa en la construcción de la cadena de los presentes y de su futuro. Eso quiere decir que no solo al docente le corresponde una función activa: él debe inducir a sus alumnos a la acción. Aquí recorro a una palabra que no existe en el diccionario; pero que se me hace necesaria y, por tanto, me atrevo a inventar. Es la palabra «conacción». Profesor y alumnos deben experimentar la «conacción», ser «conactivos».

En una conferencia dictada el 12 de noviembre de 2008 en el ESADE de Barcelona por el P. Adolfo Nicolás, nuevo General de la Compañía de Jesús, afirmó a propósito de la formación humana y el espíritu humanista:

En estos últimos tiempos, los jesuitas y laicos implicados en la educación universitaria hablan de cuatro características de la persona humana íntegra e integral, a partir de cuatro cualidades que empiezan por la letra «C». En efecto, el espíritu humanista genera personas conscientes, competentes, compasivas y comprometidas. Conscientes de sí mismas y del mundo en el que viven, con sus dramas, pero también con sus gozos y esperanzas. Competentes para afrontar los problemas técnicos, sociales y humanos a los que se enfrenta un profesional. Personas también movidas por una fuerte compasión. Esta palabra ha sido con frecuencia mal usada, aplicándola a un sentimentalismo superficial que humilla a la persona a la que pretendidamente se quiere ayudar. Pero en realidad com-pasión, con un guión que separa las dos partes de la palabra, indica algo muy profundo y muy humano; la capacidad de sentir como propio el gozo y el dolor de los demás; la capacidad de ponerse en su piel; la capacidad de acompañarles y ayudarles desde dentro de la situación; la constatación de que el otro, cualquier otro, especialmente el otro que sufre, es mi hermano o mi hermana. Esta compasión es el motor a largo término que mueve al compromiso: esta forma de amor en la que el ser humano no sólo da algo, sino que se da a sí mismo a lo largo del tiempo.

En el fondo del espíritu humanista está la convicción y la experiencia de que los seres humanos podemos ser transformados a un nivel que va más allá de la moral y los buenos sentimientos al uso. Que podemos trabajar lo que algunos han llamado la «calidad humana». Es difícil definirla pero reconocemos fácilmente a las personas que la tienen.



No es nada elitista y la encontramos con frecuencia en personas muy sencillas. En la Declaración de Valores que habéis redactado, la habéis definido como una «combinación de conocimiento, criterio, sensibilidad, equilibrio y profundidad que genera personas serenas, coherentes, fiables, capaces de encarnar (yo añadiría que con apasionamiento) los valores fundamentales que nos hacen más humanos».

Hasta aquí cito lo que dice el P. Adolfo Nicolás.

Al listado de cuatro cualidades que empiezan con «c» mencionadas por el Padre Nicolás (conscientes, competentes, compasivas y comprometidas), personalmente añadiría una quinta cualidad. Creo que las personas deben ser «conactivas». La «conacción», implica ir más allá de la «compasión». Ya no se trata solo de «sentir como propio el gozo y el dolor de los otros», sino de volverse activos: la actividad del yo debe contagiarse al prójimo, al próximo, al cual me acerco, aproximo, para incitarlo a la acción.

Así se busca que cada uno construya su proceso, para lo cual debe dejar de ser o sentirse víctima de sus propias debilidades o de las amenazas externas. Y ese proceso no funciona a solas (en la soledad), sino en relación con los otros, a los cuales hay que aproximarse para convertirlos en próximos (o prójimos). Allí está la labor conjunta de todos los que integran o cursan una misma asignatura. Por ello considero que el curso debe ser encarado como una república, en el sentido etimológico de la palabra, es decir, como «cosa pública» o empresa de todos, en la cual todos son responsables del proyecto y el proceso. Pero esa república debe basarse no solo en el cumplimiento de los deberes y el respeto de los derechos (como debe suceder en cualquier república), sino que debe fundarse en algo que va más allá, en la amistad, en el afecto que es propio de las empresas profundas compartidas.

En síntesis, lo que busco en la primera clase es expresar, hacer sentir, una bienvenida cordial a un proyecto y un proceso personal que deberá darse en el marco de una República de la Amistad. El producto vendrá al final del curso como consecuencia del camino recorrido y del esfuerzo puesto en juego.

A fin de reforzar la motivación de los alumnos para asumir la empresa que se les propone, se insiste en esa primera clase en tres reflexiones puntuales.

En primer lugar, les hago tomar conciencia de que, como seres ubicados en circunstancias concretas, los humanos vivimos en situaciones únicas e irrepetibles. Por ello, todo instante y toda situación debe ser aprovechada y vivida con intensidad. Cada momento perdido es un regalo a la muerte. Vivimos para la vida (valga la redundancia) y, de ese modo, nos hacemos sujetos creativos, activos. Si no es así, estamos pagando por adelantado, y a plazos, a la nada, a la muerte.

Ello quiere decir que el futuro es el resultado de los presentes vividos. El producto que se logre en el futuro depende del compromiso con que se asume el proceso, es decir, en la sucesión de presentes. Una actitud creativa, activa, emprendedora, movida por el eros (en el mejor sentido de la palabra, como amor que busca el crecimiento personal) lleva a buenos resultados. Para lograr ello, es importante desarrollar un compromiso gozoso y pleno con cada situación única e irrepetible: allí se juega nuestro futuro. Cuando uno goza con lo que hace en cada presente, la conciencia fluye naturalmente y el progreso es posible, pues todo adquiere sentido cuando en la base están la voluntad y el amor. Si yo quiero hacer lo que sé que debo hacer y encuentro satisfacción en el hacer, es normal que lo que haga resulte exitoso. Así, el avance es innegable.

En este momento deseo recordar un breve poema de Pedro Salinas. Creo que él puede ayudarnos a precisar algunas ideas respecto a lo que he venido planteando.

Tal poema es el epígrafe con el cual el poeta español encabeza su primer poemario, significativamente llamado *Presagios*. El breve texto del epígrafe mencionado encierra una profunda y extraordinaria lección motivadora, útil para aplicar a cualquier tipo de actividad humana, si bien Salinas se refiere a su creación literaria. El poema está dividido en dos pequeñas estrofas que contrastan entre sí.

Forjé un eslabón un día,  
Otro día forjé otro  
Y otro.

De pronto se me juntaron  
—era la cadena —todos

La primera estrofa presenta una serie de singularidades, individualidades sucesivas: un día, otro día y otro; un eslabón, otro eslabón y otro. Son los presentes que se siguen uno a uno. Y en esos presentes sucesivos, el yo se muestra activo, en acción ardua y difícil. El yo, en cada presente, forja un eslabón, una parte que se integrará con otras para constituir en el futuro un producto: la cadena que se menciona en la segunda estrofa. La cadena es el proyecto, el futuro. Ese proyecto se concretará, se convertirá en producto, al final de un proceso que se da como una continuidad de presentes en los cuales el sujeto (el yo en el poema) se comporta activamente. Pedro Salinas dice «forjé» (yo forjé) y forjar implica acción. Como en el poema se habla de forjar eslabones y de cadena, debemos pensar en el arduo trabajo del herrero, quien debe dar forma al metal con el auxilio del martillo.

Si queremos lograr la cadena, tenemos que esforzarnos en la fabricación de cada eslabón. Si queremos futuro exitoso, debemos trabajar arduamente en cada presente. Cada momento en la vida, cada clase de una asignatura, cada encuentro, cada lectura, cada ejercicio etc. es una presencia, un presente único e irrepetible que

podemos convertir en eslabón de una cadena si es que nos decidimos a vivir para la vida (impulsados por el afán de crecer, de amar). Es comprometedor para el yo, y lleva a muy buenos resultados, pensar que vale la pena realizar una tarea como si fuera la última vez que se hace en la vida. La conciencia de ello nos induce a ser eficaces en cada momento y a sacar el alma del armario, o más propiamente del «armario». Así ponemos corazón y aprendemos a amar lo que hacemos, y damos valor al presente.

La segunda estrofa del poema de Salinas, la que trata del producto, de la cadena, nos pone en una dimensión distinta de la que crea la primera. El sujeto gramatical ya no es el «yo», sino «todos», es decir, los eslabones sumados, la cadena. Si en la primera estrofa se hablaba de singularidades, de momentos, de eslabones y de esfuerzos sucesivos, en la segunda se dice «de pronto». Ello nos pone ante algo súbito y sorpresivo: el yo se topa repentinamente con algo que pareciera venir de fuera; pero que, en verdad, el propio yo ha fabricado. Los eslabones, los presentes, bien hechos se unen para formar una «cadena que gratifica al herrero (y herreros de la vida, del día a día, somos todos)». Profesores y alumnos podemos encontrar en esto un mensaje orientador respecto al modo como debemos recorrer el curso, la ruta, de una asignatura.

Si descubro el valor y el potencial que encierra cada momento, me vuelvo más comprometido e incluso aprendo a amar la acción que me corresponde efectuar. Todo llega a buen puerto cuando se ama lo que se hace por el futuro que promete felicidad (¿qué amor no apunta al futuro o pretende perpetuarse en él?).

Una segunda reflexión que planteo a los alumnos en la clase inicial motivadora está vinculada con el hecho de que todos los que participamos en el curso vivimos una situación de privilegio a la cual debemos justificar. En efecto, somos privilegiados porque podemos estudiar y disfrutar de un proceso en el que todos, cada uno de los

alumnos y el profesor, estamos convocados para crecer como personas mediante el estudio universitario. Muchos otros no disponen de esa posibilidad. Puedo estudiar; otros, no. Puedo construirme gozando en el proceso; otros, no. Mediante el aprendizaje, además, incremento mi poder gracias a la adquisición de diversos tipos de conocimientos conceptuales, procedimentales y actitudinales. Eso es privilegio y debe justificarse. La condición de privilegiado se justifica mediante el cumplimiento de los deberes propios, el respeto de los derechos ajenos y la creación de un clima de amistad.

El profesor también es un privilegiado no solo porque puede trabajar y ganarse la vida, sino, sobre todo, porque disfruta de la invaluable situación de promover y participar tanto en el crecimiento de sus discípulos, como en el suyo propio. Así el docente hace posible el milagro de la generación, lo que lo vuelve una especie de guía, padre o autor (factor) de sus alumnos. Y, así, también el docente crece gracias a la labor que cumple para justificar este privilegio. Una clara conciencia de todo ello despierta el sentido de responsabilidad en todos los miembros de la clase pues se sienten éticamente comprometidos. Por ello nos sentimos incitados a cumplir. Eso quiere decir que la labor pedagógica no solo debe ser fuente de gozo, sino también una empresa ética, un compromiso moral.

La tercera reflexión está referida al hecho de que la clase es un ámbito o una situación humanizadora. Esto puede resultar más evidente en las asignaturas relacionadas con las letras o las artes; sin embargo, cada disciplina tiene un origen y una finalidad para el hombre. Todas las disciplinas nacen del propósito de conocer, de explicar, de crear y de servir al hombre mediante un enriquecimiento de su vida y de los caminos que lo llevan a encontrar el sentido de su existencia. Eso es humanizador.

Menciono un ejemplo. Si nos entregamos a una vida banal y seguimos solo las apetencias de nuestro organismo y nos abandonamos a los

deseos que se nos van presentando uno tras otro, nuestra psique será ganada por el caos. Frente a ello, podemos decir que las diversas ciencias son extraordinarios instrumentos útiles para evitar tal riesgo. La matemática, por citar un caso, es una eficazísima herramienta para crear orden, mundo o cosmos allí donde se da el caos. La matemática, la física, la química, las ciencias naturales son, también, fuente de desarrollo humano y su aprendizaje permite experimentar situaciones humanizadoras. Es cierto que en las llamadas «Humanidades» el asunto aparece como más evidente; pero cada profesor debe encontrar el modo de cautivar a los alumnos y de convencerlos de que su disciplina, sea la que sea, tiene un valor humanizador y de servicio al crecimiento personal y al desarrollo de valores.

En el caso de la Literatura el asunto puede ser más claro si ella sirve para poner en contacto con los textos literarios y el curso no se limita a revisar listados de autores, obras y vagas características de estilo que el alumno debe memorizar, y que, sin duda, pronto olvidará, lo que supone el riesgo de que el proceso de aprendizaje sea inútil, si no deformante (que sería peor). Otro tanto podemos decir de la enseñanza de otras artes (música, artes plásticas).

Bien orientada la enseñanza de las artes (incluida la Literatura), es posible alcanzar una función dialógica entre la obra de arte y el alumno. El texto, o la obra, apela al hombre, quien se siente elevado a lo mejor de sí mismo y es capaz de sacar fuera algo que, de algún modo, ya tenía dentro de sí aunque fuera en estado larval. A esto es a lo que el filósofo Alfonso López Quintás llama éxtasis. Dicho pensador opone al «éxtasis» lo que denomina «vértigo», el cual resulta de una función succionante y alienante surgida de la fascinación de algo exterior que arrastra a una experiencia transitoria que al final es decepcionante.

La enseñanza de la literatura debe centrarse en los textos. Sin embargo, ello no excluye que los textos sean enmarcados en el contexto en el que fueron creados y donados por el autor a otros

hombres que se benefician de ellos mediante el éxtasis que favorece el crecimiento personal y colectivo. Siguiendo una recomendación del Cardenal Martini, que escuché en una entrevista divulgada por televisión, planteo a mis alumnos de Literatura que no debo limitarme a leer buscando qué dice el texto, sino que debo ir más allá: buscar qué *me* dice el texto y llegar a un tercer nivel en el cual yo sea capaz de precisar qué *le* digo al texto. La idea es que el texto nos interpela y nos exige respuesta. Si es posible llegar a este nivel, creo que la literatura está desempeñando una función positiva al volver activo al alumno y al propiciar su desarrollo y su capacidad de alcanzar experiencias de éxtasis más allá del vértigo en el que nos envuelven la agitada vida de cada día, el consumismo, la propaganda, las drogas, la tendencia al caos etc.

Me voy a referir ahora específicamente al curso de Literatura Universal que dictamos desde el año 2001 en la Universidad del Pacífico el Profesor Jorge Wiese y yo. Se trata de una asignatura electiva en la que coinciden alumnos de diversas carreras (Administración, Contabilidad, Economía) y de distintos ciclos y edades. Evidentemente no es un curso de especialidad, sino de formación general, en el que se matriculan incluso alumnos a los que no les gusta la lectura, pero que comprenden su importancia. Por ello el modo de desarrollar la asignatura ha sido pensado y planeado con criterios particulares. No se trata de un curso de la carrera escogida por los alumnos. Por ello no debe ser tratado desde la perspectiva de la especialidad del profesor. Con el curso se pretende acercar al alumno a la experiencia literaria e inducirlo a establecer relación profunda con unas cuantas obras importantes correspondientes a diversas épocas y lugares. Para concretar esa relación es necesario que las obras lo involucren, lo interpeleen. Eso se puede dar en la medida en que el alumno encuentre en ellas testimonios del hombre que busca el sentido de su existencia individual y colectiva. Cuando el lector se reconoce, se ve reflejado en la obra, cuando se siente interpelado por ella, entonces se desarrollan el interés y el gusto por leer. La obra literaria es un don, un regalo, del

autor, gracias al cual el lector puede aprender de la vida y enriquecer su experiencia como persona y como ser social.

Las competencias que se busca desarrollar en los alumnos son tres. Al finalizar el curso, el alumno deberá, en primer lugar, gozar con la lectura de obras literarias. Pretendemos que ello se puede lograr mediante el reconocimiento por parte del alumno de la experiencia individual y colectiva del hombre entendido como ser en proceso. Toda vida humana es un proceso, un viaje, consciente o inconsciente, hacia alguna meta. Yo gozo cuando reconozco mi experiencia, mi proceso y mis metas.

Las obras nos ayudan a entender nuestra condición temporal, histórica, y nos presentan modelos de los cuales podemos sacar provecho. Recuerdo vivamente casos de alumnos que declaraban con entusiasmo y un brillo especial en los ojos que por primera vez en su vida habían logrado completar la lectura de un libro. Esos son alumnos que han descubierto el gozo y que han adquirido tal competencia porque se han visto reflejados en los textos leídos.

Una segunda competencia es la de leer superando las distancias existentes entre el texto y el lector. Esto significa que se debe aprender a contextualizar o a ubicar la obra en la situación particular en la que fue creada para entenderla adecuadamente. Esto es muy importante ya que es un asunto que trasciende a la literatura. En efecto, las personas deben saber contextualizar incluso en la vida diaria. A veces las personas son incapaces de entender fenómenos de cualquier especie porque los sacan de contexto o de la situación que les es propia. Descontextualizar es un defecto frecuente en las esferas social, política e incluso intelectual universitaria. La lectura y el estudio de obras literarias tienen mucho que aportar en la solución de este problema.

La tercera competencia está relacionada con la producción de textos orales y escritos por parte de los alumnos. Buscamos que las discusiones a partir de lecturas de obras y que las redacciones que



deben elaborar sean el resultado del desarrollo de facultades como la observación, la reflexión y la imaginación. En ellas los alumnos deben mostrar que, a partir de lo mencionado (observación, reflexión e imaginación), pueden establecer relaciones entre obras literarias, épocas y culturas diversas. Establecer relaciones es algo fundamental tanto en el trabajo intelectual como en la vida corriente.

Ahora mencionaré las capacidades que debe haber desarrollado el alumno al finalizar el curso. Ellas son las siguientes:

1. Distinguir diversos planos y distintas partes de un texto literario.
2. Relacionar entre sí tanto temas literarios como personajes literarios.
3. Aplicar el análisis actancial al estudio de los relatos.
4. Descubrir el sentido de las obras mediante el análisis del lenguaje y los recursos literarios.
5. Verbalizar experiencias que evidencien conocimiento, autoconocimiento y disposición para la interacción humana.

Respecto a los contenidos conceptuales, cabe destacar que luego de una breve referencia a lo que es la Literatura y a lo que se puede esperar de ella, y después de unas consideraciones sobre los géneros literarios y la importancia del «mito» para el hombre y las sociedades, el curso se centra en tres épocas, tres lugares y tres obras diversas. El primer momento es el siglo VIII a.c. El lugar es Grecia y la obra, la *Odisea*.

En el siglo del Renacimiento griego (s. VIII a.c.) luego de unos cuatrocientos años de oscuridad cultural, política, económica, surgen los poemas homéricos, obras que sirvieron para establecer los modelos a partir de los cuales se reconstruyó una sociedad, y con los que se educó en la excelencia o virtud (areté) a los aristoi (los excelentes) que constituyeron la aristocracia. Después del largo período de caos que

sucedió a la esplendorosa Cultura Micénica, generado por la invasión de los dorios, la *Ilíada* y la *Odisea* se convirtieron en instrumentos de la paideia, la educación en la excelencia, la virtud y el orden. Ese es el marco en el cual resurge una esplendorosa cultura que coincide con el período de la llamada «segunda colonización» que favoreció el desarrollo del espíritu de aventura, la marinería, los viajes, el comercio, el establecimiento de colonias costeras en diversos puntos del Mediterráneo. También se dio entonces un desarrollo artístico e intelectual que sentaron las bases del posterior esplendor helénico, raíz de la Cultura Occidental. Arte, ciencia, filosofía, política, ética, desarrollo de la razón que busca explicarlo todo y crear orden donde hay caos alcanzaron un gran auge en Grecia. Ello no hubiera sido posible sin el llamado Renacimiento que se dio en el siglo VIII antes de Cristo. Odiseo es un personaje clave en ese proceso. Lo es tanto, que podría ser llamado el primer hombre occidental.

Es un viajero, marintero, aventurero que intenta reconstruirse a pesar de las adversidades y las amenazas del caos que impera en Itaca, su reino.

La *Odisea* nos presenta el viaje (¿qué vida no lo es?) de un hombre con debilidades (curiosidad excesiva, jactancia, etc.) y fortalezas (fidelidad a los dioses, la familia, la patria; politropía, contenimiento, sed de conocimiento etc.) Este hombre avanza entre amenazas y oportunidades. Hay muchas amenazas externas, pues diversas fuerzas humanas, naturales, mágicas, sobrehumanas, e incluso divinas, como la de Poseidón intentan detenerlo, contenerlo, retenerlo para impedir que cumpla su propósito de regresar a Ítaca y restablecer el orden. Felizmente hay personajes divinos (Zeus, Atenea) y humanos (el rey Alcínoo, Telémaco, hijo de Odiseo, sus siervos fieles etc.) que lo ayudan y que podrían ser consideradas como oportunidades.

Este personaje visto en su contexto cultural resulta especialmente interesante; pero no solo para conocer a la lejana Grecia de hace unos 2,800 años. La historia de Odiseo se vuelve ejemplar para el hombre

de cualquier época que puede sentirse interpelado por la acción de reconstrucción de ese distante y, a la vez, cercano personaje.

La acción que debe cumplir el sujeto Odiseo es el nostos (el regreso) a Ítaca (el objeto de su regreso). Él siente dolor (algia) porque no puede regresar (nostos) a su reino, a su familia. Es decir, vive una nostalgia porque hace casi 20 años está ausente de su patria y de todo lo suyo. El proyecto de Odiseo era volver y su proceso es el viaje de regreso, cumplido gracias a sus fortalezas, que eran mayores que sus debilidades, y gracias a las oportunidades (el apoyo de Zeus, el poderoso, y de Atenea, la sabiduría) que surtieron mayor efecto que todas las amenazas (Poseidón, Polifemo, Calipso, Circe, las Sirenas, Escila y Caribdis, los pretendientes de su mujer, los criados infieles, etc.).

Memoria, conocimiento y voluntad fueron combustible para el cumplimiento de su proyecto de Odiseo. Hay que destacar la importancia de la memoria, el recuerdo de Ítaca, que Odiseo hubiera perdido si hubiese comido la flor de loto. La flor de loto aparece en la obra como una especie de droga que hace olvidar la realidad.

La *Odisea* presenta a un personaje humano, fascinante y ejemplar con el que se puede identificar cualquiera que aspira a cumplir una empresa exitosa. Él enseña cuán importante es tener proyectos y cómo manejarse en los procesos. Se controla y no actúa inmediata ni reactivamente. Sabe que el arrojo, la hybris, puede llevar a malos resultados. Por eso da vueltas a las ideas, piensa mucho, antes de actuar: es un polítopo. Sabe contenerse para buscar la respuesta adecuada a cada reto y sabe esperar el momento adecuado para actuar; es decir, se autocontiene a fin de que las amenazas externas no lo contengan. Es paciente y no arrojado (o aventado, diríamos con una expresión popular).

Esto quiere decir que Odiseo es un maestro de estrategia. Por ello, el resultado, el producto, es exitoso. Cumple con los preceptos morales

y legales y por añadidura, al final de la obra, luego de cumplir con la ley de la venganza, que era la imperante entonces, los dioses (Zeus y Atenea) transmiten al hombre un nuevo mensaje de amor, paz y progreso. La vieja ley de la venganza ha sido cambiada por otra mejor.

De Grecia el programa del curso traslada al alumno a Roma, al siglo I antes de Cristo, a la crisis de la República Romana desangrada por guerras, violencias, injusticias, desbordes de la codicia y de las pasiones humanas. Es el marco en el cual surge el proyecto pacifista y de construcción de la Pax Romana ideada por Augusto para su nuevo orden político, el Imperio Romano. Virgilio, poeta testigo de la crisis, se asocia al nuevo ideal político y escribe la *Eneida*, obra que rastrea los orígenes de Roma y su misión providencial y las hace remontar a la antigua y magnífica Troya, potencia derrotada por los griegos varios siglos atrás.

Eneas, por encargo del Fatum, el Hado, recibe la misión sagrada de conducir a los troyanos sobrevivientes a la destrucción de su ciudad hacia un lugar donde Troya se reconstruya en una heredera gloriosa. Los troyanos, conducidos por el pío Eneas (el hombre fiel a los dioses y los antepasados), terminan asentándose en el Lacio, en el centro de Italia, donde con el paso de los siglos surgirá el esplendor de Roma, heredera de Troya. Eneas es el hombre que tiene una misión política, colectiva: conducir a su pueblo a su reconstrucción. No es como Odiseo, quien se reconstruye a sí mismo volviendo solitario a su tierra, a Ítaca. Eneas conduce a todo un pueblo, como Moisés o como el peruano Antonio Ruiz de Montoya.

La empresa de Eneas, como la de Odiseo, supone viajes, amenazas, retenciones temporales (Dido se enamora de Eneas e intenta que se quede con ella en Cartago); pero también guerras contra pueblos que le son hostiles.

Al final, a pesar de la pasión que le suscita Dido y a pesar de la violencia con la que se le enfrenta su rival Turno, Eneas, movido por su fe en la misión y por las visiones del futuro de Roma que logra gracias al encuentro con su padre en el mundo de los muertos, convierte en realidad el proyecto que ha asumido.

El tercer tema del programa presenta a otro viajero. Nos trasladamos a la Edad Media cristiana y nos centramos en Dante Alighieri, quien emprende un viaje por el otro mundo en pos de alcanzar la contemplación de la gloria divina. Dante tendrá que conocer los diversos matices de la conducta humana y sus consecuencias, deberá ser testigo de cómo el modo de ser, el carácter del hombre (lo que va siendo en los presentes) determina su destino (su futuro final). Dante realiza su proceso, su viaje, su tránsito del malestar al bienestar (por eso se llama *Comedia* su obra principal) como ser humano que hurga en la naturaleza humana con el propósito de que la humanidad puede transhumanarse, crecer, sufrir una metamorfosis hacia una mejor forma, alcanzar la ciudad Celestial. También la *Comedia* de Dante nos muestra a una reconstrucción; pero en ella el destinatario no es un hombre (como Odiseo en la *Odisea*) ni una ciudad (como Roma en la *Eneida*), sino la humanidad total.

Como vemos, hay rasgos comunes entre las tres obras: héroe, nostalgia, viaje, proyecto y proceso; pero el producto es diverso porque la dimensión del destinatario es cada vez mayor: la persona (en la *Odisea*), la ciudad o polis (en la *Eneida*), la Humanidad total (en la *Comedia*). En la *Comedia*, con Dante, el ser humano puede reconocer su propia efigie o silueta inscrita en el círculo correspondiente a Cristo, Segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Además de estos temas tratados en clase, en buena parte desde los textos mismos, los alumnos deben leer dos novelas u obras teatrales modernas escogidas de una lista especialmente preparada. Durante las semanas quinta y decimotercera se realizan reuniones, de hora y

media cada una, en las cuales tres alumnos y el profesor comentan y discuten las obras leídas. En muchos casos, las obras modernas presentan historias de personajes y empresas fracasadas, las que se contrastan con las empresas exitosas de Odiseo, Eneas y Dante. Esta actividad es altamente productiva y apreciada por los alumnos, quienes asumen una actitud creativa pues deben buscar información sobre la obra que han escogido, encarar la lectura activamente (¿qué dice la obra?, ¿qué me dice?, ¿qué le digo?) y sostener un diálogo con sus compañeros y el profesor. Ese diálogo es muy productivo, lo que no se da tan fácilmente en las clases masivas.

En cuanto a los contenidos procedimentales, los alumnos aprenden a hacer lo siguiente:

- Aplicar modelos de análisis de las obras, como el actancial, y distinguir las diversas funciones propias del relato a partir de la acción (o inacción) presente en la obra: sujeto, objeto, destinador, destinatario, adyuvante, oponente:
- Dividir un texto en partes con el propósito de captar su arquitectura y entenderlo mejor.
- Enmarcar las obras en sus contextos culturales, políticos, sociales, económicos, etc.
- Reflexionar sobre las palabras y a partir de ellas (caso de términos como polítropo, contener, conacción, piedad, transhumanar, eternar etc.)

Mención especial merecen los contenidos actitudinales. Se pretende transmitirlos mediante el ejemplo que crean los personajes de las obras leídas, pues en las obras es posible encontrar paradigmas positivos o negativos y ambos sirven para aprender. Los buenos procesos generan buenos productos; los malos procesos generan malos productos; es

decir, hay empresas exitosas y empresas fracasadas y el estudio de unos y otros casos es útil para formar en actitudes y valores. Odiseo, Eneas y Dante son ejemplos de viajeros exitosos. Gregorio Samsa (de la *Metamorfosis*) y Meursault (de el *Extranjero*) muestran lo contrario.

El curso pretende formar y fijar valores, tanto mediante la lectura y la discusión de obras literarias, como mediante la conducta que el profesor y los alumnos asumen en el desarrollo de las clases y el cumplimiento de las diversas tareas a lo largo del semestre.

La valoración de la libertad como motor de la creatividad es el primer eslabón de una cadena de contenidos actitudinales. No hay acción, creación, sin libertad. Esto es fundamental porque en la libertad se fundamenta la creatividad. Al inicio de la *Odisea*, Odiseo es prisionero de la ninfa Calipso: ella le impide lo que él quiere hacer. Odiseo, rey de Ítaca, hijo de Laertes, marido de Penélope, padre de Telémaco, señor de sus siervos añora volver (nostos) a lo suyo. Vive un dolor porque debe volver (lo sabe), quiere volver (lo siente); pero no puede volver. Su infelicidad está en que le falta el poder: es impotente porque ha perdido la libertad de hacer. Para retenerlo, la ninfa Calipso le ofrece la inmortalidad; pero él prefiere su condición humana limitada, mortal, y rechaza la oferta de Calipso.

Compadecidos de Odiseo, Zeus (el poderoso) y Atenea (la sabiduría) apoyan al prisionero y su vuelta a la libertad. Con la libertad recupera su creatividad, ya es como antes y luego de actuar con multiforme ingenio recupera lo suyo. Por un tiempo Eneas fue víctima de sus pasiones y se desvió de su misión (es el típico conflicto entre misión y pasión al que frecuentemente podemos estar expuestos). Lo que Eneas había asumido con voluntad estuvo a punto de fracasar por la irrupción de una pasión que lo alejaba de lo que él libremente había aceptado. Vencida la pasión, recobra la libertad y va tras lo que en verdad quiere (voluntad). Recuperada la libertad, vuelve a la creatividad que asegura el éxito. Dante Alighieri sabía que estaba en

la selva oscura de la ignorancia y el pecado, y que debía salir de allí. Quiso hacerlo solo; pero tres fieras (alegorías de malas tendencias que esclavizan al hombre) se lo impidieron; es decir, sabía que debía salir del mal, quería salir, pero no podía. Virgilio (la razón humana) apareció para ayudarlo a salir del mal mediante un largo proceso de aprendizaje y análisis que lo devuelve a la libertad, la creación y el éxito final.

Al heroísmo estamos llamados todos. Y él se juega en el ejercicio libre de precisar qué queremos y de ir tras ello sin dejar que nuestra voluntad sea vencida por los deseos pasajeros. La inteligencia debe ser fuente de actividad y elaborar las estrategias adecuadas para que podamos hacer coincidir y poner en equilibrio a los verbos «deber», «querer», «poder».

Sin libertad no hay voluntad, sin voluntad no hay creación, sin creación no hay progreso.

El desarrollo de la autoestima es el siguiente eslabón (el segundo).

Cada uno debe apreciar la importancia que reviste el ser uno mismo, de enrumbarse por los caminos que la propia voluntad en libertad se ha trazado. El sujeto vale en su modo de ser peculiar, diferente. Uno no debe hacer algo o decir algo porque los demás lo hacen o lo dicen. Si Odiseo hubiese sido o hubiese hecho lo mismo que hicieron sus compañeros de viaje, no hubiese logrado regresar a Ítaca: hubiese perecido como todos ellos, o hubiese perdido la memoria o hubiese quedado convertido en cerdo. El profesor debe respetar los modos de ser diferentes para crear confianza en sus alumnos e inducirlos a participar y exponer sus ideas y perspectivas, pues el alumno debe ser consciente del valor que encierra en su peculiaridad.

Tercero: Si el yo llega a la convicción de su valor y se estima a sí mismo, es natural que surja en él el respeto al otro en su modo de ser



diferente. Yo valgo con mi peculiaridad, el otro vale con su peculiaridad porque es tan humano como yo.

Cuarto: Así se va descubriendo que todo no es reductible a mi peculiaridad porque se cobra conciencia de que el yo es limitado: no es el único, no lo sabe todo, no lo posee todo. En síntesis, no es Dios.

Quinto: Si el yo es limitado, necesita de «lo otro» para crecer. Odiseo necesitaba el apoyo de Zeus y Atenea, de sus familiares y sus siervos leales. Dante, para avanzar, necesitaba a Virgilio (la razón humana) a Beatriz (la revelación divina) a San Bernardo, a la Virgen María, a Dios, e incluso a todos los que encontró en su camino por el infierno, el purgatorio y el paraíso. «Lo otro» está constituido por lo que existe fuera de mi conciencia y que puede llegar a mí: el paisaje natural que experimento en soledad, los seres humanos que construyen la historia, y la divinidad que todo lo integra. Gracias a «lo otro» mi yo se amplía, se enriquece porque recibe lo que no tiene.

Sexto: El aprecio del presente, de los presentes, es fundamental para construir el proceso que es toda empresa humana, incluido el vivir. Como hemos señalado al inicio, el futuro es la cadena sorpresiva que resulta de haber trabajado cada presente. Los emprendedores viven el presente mirando al futuro, a las consecuencias, a un proyecto. Pero el presente puede atraparnos en una situación de vértigo, improductiva, que nos lleva a experimentar solo momentos de emoción intensa. Ese es el caso de quienes toman a la vida como juego, azar o riesgo continuo (pensamos en el *Jugador* de Dostoievski y la ludopatía).

Sétimo: Algo muy importante es el desarrollo de una actitud de compromiso con los contextos inmediatos, con el aquí y el ahora. Vivimos en un tiempo y un lugar. Si viajamos con la mente a otros contextos (lugares y épocas distintos de los nuestros) es para volver y aplicar lo que es aplicable. ¿Acaso el Perú no necesita una reconstrucción como la que propiciaron los poemas homéricos en el siglo VIII a.c.

luego de siglos de decadencia? ¿Acaso no necesita un hombre como Eneas que supo sobreponerse a sus pasiones para reasumir la alta misión encomendada por el Hado (destino)? y podríamos seguir. La clase es un primer contexto inmediato en el cual es posible empezar a vivir el cumplimiento de los deberes, el respeto de los derechos, el estado de derecho, la amistad, la tolerancia y, como en la clase, también en la casa, en el barrio etc. De esta manera, nos volvemos seres comprometidos y experimentamos lo político, en el mejor sentido de la palabra. Así, aprendemos a vivir en comunidad, en ciudad, civilizadamente. No olvidemos que tanto la palabra griega «polis» (de donde viene política), como la palabra latina «civis» (de donde vienen civilización y civil) significan ciudad. Construyamos ciudad o congregación desde las células sociales básicas, como la clase, y no esperemos a que todo sea resuelto por un mesiánico salvador en el nivel macro.

A los contenidos octavo y noveno nos referiremos brevemente pues al iniciar esta exposición hemos hablado de lo que ellos encierran.

Octavo: El autocontrol antes de actuar es indispensable si queremos evitar que lo externo nos detenga. Debemos estudiar el reto y responder de manera adecuada a él. Odiseo se contiene, da vueltas al asunto, se amolda a la peculiaridad del reto, idea la estrategia y responde en el momento oportuno. Odiseo no es frenado por las amenazas y logra el éxito. No seamos, pues, aventados y aprendamos a considerar a las amenazas en su exacta dimensión y sus rasgos propios para ser eficaces cuando los enfrentemos.

Noveno: Volvemos a la responsabilidad que surge del hecho de ser privilegiados y cobrar conciencia de ello. Como dijimos, debemos justificar los privilegios. ¿Cómo? Cumpliendo con lo que nos corresponde hacer en términos de eficacia individual y de compromiso con los demás (el salón, la institución, el distrito, el país, la humanidad etc.)

Décimo: Debemos aprender y enseñar a valorar a la voluntad. «Volo» significa «querer», «tener la intención». Si bien no todo «querer» desemboca en «poder» (no siempre «querer es poder»), el querer, sobre todo cuando es persistente, es importante como fuente de poder. La voluntad, el querer, es un instrumento útil para la transformación y la creación. Fue el permanente querer regresar a Ítaca de Odiseo el que le permitió llegar a adquirir el poder que venía de Zeus. Fue el intenso querer de Dante de salir de la selva oscura lo que trajo al auxilio de Virgilio. La voluntad, pues, es clave para el cambio. Muerta la voluntad, desaparece todo proyecto y toda posibilidad de felicidad.

Undécimo: Visto así el desarrollo del curso, este se vuelve fuente de una experiencia ética, orientada a valores. Nuestra vida se juega día a día en el presente, en la tarea cotidiana, personal, social, política y escatológica. Por ello deben ser nuestro norte valores como la honestidad, la veracidad, la equidad y la solidaridad.

Creo que es momento de terminar. Con lo dicho espero haber mostrado cómo es posible orientar un curso a algo diferente del puro saber erudito, cómo es posible comprometer al alumno con el gozo, la acción, la integración, la tolerancia, la inclusión, todo lo cual redundará en el crecimiento personal y colectivo. Creo que ello es factible si comprometemos al alumno a partir de las ideas de proyecto, proceso y producto aplicadas a su propia acción y su vida. Por ello es fundamental tener siempre clara la finalidad, el para qué, de cada clase, ejercicio, examen, tema de estudio; es decir comprender el valor de la forja de cada eslabón en función de la cadena, resultado circular y perfecto del esfuerzo sostenido de los presentes intensos y cargados de sentido. La educación, en vez de tarea tediosa, solitaria y esclavizante puede asumirse como un proceso de comunión liberadora.

## **A los alumnos de la asignatura de Literatura Universal**

Hace poco más de tres meses les expresé una bienvenida cordial al curso y les propuse un proyecto. En aquella oportunidad les dije que no los felicitaba por haber adquirido un producto, sino que los invitaba a un proceso, a realizar un viaje que nos permitiera crecer. Para ello nos deberíamos servir de los textos de los clásicos, aquellos que tanto nos dicen y que, además, nos interpelan y nos guían en la búsqueda del sentido de la existencia individual y colectiva.

Hoy, queridos amigos, me despido de ustedes con una mezcla de sentimientos: la pena de separarnos y la satisfacción de haberlos conocido y de haber compartido profundas experiencias en el camino de la vida.

Si volvemos los ojos a lo recorrido, podremos observar los ejemplos de Odiseo, Eneas y Dante. Los tres se nos han presentado como sujetos de algún viaje, de alguna «nostalgia». Los tres nos han mostrado la importancia de la concepción de proyectos. Los tres nos han enseñado que no es fácil el proceso que se debe seguir para cumplir una misión. El éxito, el producto, depende en buena parte de la capacidad que desarrollemos para persistir en lo que queremos y para no dejar decaer a nuestra voluntad por obra de deseos pasajeros. Si nos esforzamos sostenidamente, como los personajes literarios mencionados, podremos alcanzar nuestra Ítaca, establecernos en la Tierra Prometida o lograr la integración en la Totalidad que reúne a lo diverso.

Odiseo nos mostró la empresa del hombre que asume su reconstrucción personal. Eneas nos llevó a comprender el proyecto político. Dante nos condujo a reinterpretar lo personal y lo social desde la perspectiva de la trascendencia, que todo lo abarca y resplandece en la pluralidad y la diversidad de los seres. Aparte de esos casos de emprendedores exitosos vistos en clase, durante el ciclo pudimos observar y comentar en pequeños grupos otros ejemplos de personajes que asumen su vida de modo negativo o positivo.

Tengamos confianza en el saber como punto de partida de un proceso que normalmente nos llevará al Bien. Ese saber, adecuadamente

procesado, nos permitirá cobrar conciencia de nuestro deber. A partir de ello, desarrollaremos una voluntad firme y buscaremos los medios para poder alcanzar nuestra meta, a la que se llega mediante la acción (activamente), y no mediante la pasividad y la compasión. Recordemos que el apoyo de otros es fundamental en todo camino que aspira a buen fin.

No olvidemos que mientras vivimos estamos en proceso: nunca nos sintamos ya realizados. Asimismo, seamos conscientes de que permanentemente tendremos que esforzarnos para lograr nuestra misión. Allí está el heroísmo, puesto que no hay mérito en lo fácil.

Para concluir, quiero agradecerles por el empeño que pusieron en el desarrollo del curso, y decirles que les deseo éxito en la empresa de su vida. Si lo consideran oportuno, estoy a su disposición para continuar la relación de amistad que podamos haber iniciado.

No olvidemos que los afectos no son debilidades, sino fortalezas.

Cordialmente,

Lima, 27 de noviembre de 2008



Universidad Católica  
Sedes Sapientiae

Impreso en el área de Producción Gráfica  
de la Universidad Católica Sedes Sapientiae

Marzo de 2009

[imagen@ucss.edu.pe](mailto:imagen@ucss.edu.pe)



ISSN 2073-770X  
Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-04680

Jornadas de capacitación docente Andrés Aziani realizadas en la Universidad Católica Sedes Sapientiae el 29 y 30 de enero de 2009.